una vida más acorde con las circunstancias nuevas, obliga a apresurarnos para no ser barridos por las circunstancias que están ya encima de nosotros y a las que es necesario hacer frente para poder ser los autores de nuestro propio porvenir.

Esta actitud crítica hacia nuestros propios actos impone un valor a toda prueba para reconocer que en los mejores de sus aspectos la Revolución se ha hecho muchas veces a pesar de los revolucionarios. Esto que parece paradójico, tiene su justa explicación en el hecho de que la Revolución rebasó las previsiones de los autores de su doctrina y de sus realizadores por haber tenido su origen en los más remotos períodos de nuestra historia y por la heterogeneidad de los factores sociales que en ella intervinieron. Ellos son el motivo de la marcha actual de la Revolución.

Mucho se ha dicho del agrarismo y de la legislación del trabajo, pero mucho más puede decirse aún si se piensa que aun el programa mínimo del Partido Liberal elaborado en 1906 no se cumple todavía, y que el proceso de su realización ha de verse complicado con las nuevas circunstancias que la época nos obliga a vivir. Cierto es que el programa de la Revolución se ha ido improvisando porque no ha habido tiempo de hacerlo de una vez y porque, consideradas revolucionarias las aspiraciones populares de justicia social, que surgen merced a nuevas circunstancias, ha sido necesario incorporarlas en el ideario del movimiento progresista mexicano.

La guerra ha proporcionado, a la vez que una especie de tregua en la lucha popular, un motivo más para ampliar los horizontes de las aspiraciones sociales de los mexicanos; pero es tal el caudal que la liberación del fascismo proporciona, que es menester meditar, sin abandonar la lucha, en una actitud única que ante los acontecimientos presente y futuros los mexicanos podamos asumir una ideología acorde a la vez con nuestra calidad de mexicanos y con esa calidad de hombres que aspiran a hacer del mundo una morada mejor, en donde el hombre pueda desarrollar libre de temores y del peligro del hombre los mejores atributos de su personalidad.

La crítica de los hechos sociales lleva siempre consigo el propósito de superar el momento que se vive, sea porque nuevas circunstancias hagan esto necesario, o porque las posibilidades humanas facilitan una oportunidad para dar un paso adelante en la vida de los pueblos. Lo primero es la urgencia de la vida y lo segundo es la abundancia de la misma. En nuestro país, en donde todas las cosas toman ese giro paradójico, característico de su manera de ser, suceden las dos

cosas: por una parte la circunstancia histórica nos obliga a vivir y por otra vivimos un momento especial de integración y realización de nuestra nacionalidad que da al pueblo mexicano una vitalidad y una madurez nunca antes alcanzadas, dentro de su evolución histórica. Si por una parte debemos vivir el próximo momento social como éste sea, por la otra queremos vivirlo y hacerlo a nuestro gusto y para nuestra satisfacción.

La crítica de la Revolución Mexicana y lo que de ella salga nos proporciona esta gran oportunidad. Por lo pronto estaremos a salvo de los errores del pasado, conocemos el movimiento social en todos sus factores, sabemos que la doctrina de la Revolución, improvisada al principio y sobre la marcha de los acontecimientos, ha adquirido caracteres de solidez que la hacen sobreponerse por sí misma al pasado, sabemos lo que de ella se ha cumplido y lo que está por cumplirse aún, hemos logrado explicar las complicaciones que han sobrevenido en ella por la evolución social de nuestro pueblo y confiamos en que somos capaces de salvar todos los obstáculos en el camino.

Este suceso sin precedente en el pensamiento nacional, en el que todos los mexicanos participan, abre la puerta de una nueva época. Es como si en una posada de su gran camino el pueblo de México se hubiera detenido a cambiar cabalgadura. Si vivimos momentos críticos es porque nos hemos dado cuenta de que es necesario superarlos. Si somos capaces de enjuiciar nuestros actos, aun a costa de encontrar en ellos los errores más criticables, es porque somos capaces de vivir mejor y porque estamos en posibilidad de participar en la hechura de nuestro propio destino.

Superada toda actitud dogmática y reconociendo que si el hombre está en el camino de la vida es para vivir, surge por sobre cualquier fe, la fe en el hombre. Este es el momento que vive el pueblo mexicano de frente al porvenir.

Año II - Núm. 11, Noviembre 30 de 1945

DISCURSO EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE ANGEL MARTINEZ VILLARREAL

VOY a tratar de hablar de Angel Martínez Villarreal, un hombre que en vida fué muchas cosas: Un Universitario, el más distinguido que ha producido la Universidad de Nuevo León; un médico eminente y, sobre todo, un hombre de su tiempo. Los hombres como él es difícil definirlos y lo mejor que podemos hacer para lograr dar una idea de ellos es, a veces, decir sólo su nombre. Angel Martínez Villarreal fué eso: Angel Martínez Villarreal.

El estudio de los hechos sociales y de la historia como conocimiento de la experiencia de la humanidad tendría que concluir, al referirse a la influencia de los hombres en las transformaciones de la sociedad, con un juicio como éste: el hombre vale en la Historia cuando su acción o su pensamiento deciden la conducta de sus contemporáneos. La personalidad, desde este punto de vista, no viene a ser otra cosa que la medida en que la acción y el pensamiento del hombre influyen en los acontecimientos sociales. Sólo los hombres que son capaces de esto tienen el derecho a la Historia como inventario positivo del progreso humano.

Los héroes no son otra cosa que los convencidos de que la vida tiene sentido solamente en relación con lo que ella significa para la sociedad en que viven. Si no es verdad absoluta que, como dicen algunos pensadores, la historia de la humanidad se encuentra en la vida de los hombres ilustres, sí lo es a veces, cuando el hombre no tiene otra preocupación que la sociedad en que vive, y cuando su manera de vivir importa a los demás. Pues bien, todas estas cualidades del

hombre de la Historia las poseyó Angel Martínez Villarreal. Su vida es el único ejemplo de que se dispone lo que debe ser un hombre de esta especie.

En el sentido filosófico habría que agregar al héroe otra cualidad necesaria: El hombre vale en la Historia por el valor que su memoria tenga para la sociedad en que vivió. Sabemos de Sócrates por la memoria de sus discípulos; sabemos de Angel Martínez Villarreal por la responsabilidad que nos dejó y por el ejemplo que su vida significa para los que, sedientos de Justicia Social, se sienten deudores de su pueblo.

Pero hay más: Nada valdría la vida positiva de un hombre si no dejase vivos, en la sociedad, su obra y su pensamiento. Perdería su sentido toda entrega, por generosa que fuera, si no lograra un fruto. La entrega de Angel Martínez Villarreal a su tiempo está fructificando. El fué el organizador y el maestro de varias generaciones. Su escuela fué más fecunda porque no fué ejercida exclusivamente en las aulas; su fruto tiene mayores posibilidades porque aquél que lo quiso escuchó su palabra y participó en su obra.

Lo difícil del retrato de los hombres cuya vida da sentido a una época, consiste en que, aun estudiando la fisiología del héroe, no es posible desentrañar totalmente el significado que para él tuvieron su pensamiento y su acción. Nunca el lenguaje es más inútil que cuando pretende servir para un retrato. Sólo en los poetas es dada la facultad, si no de decir, sí de hacer sentir lo que una cosa tan grande, como la vida, el pensamiento y la obra de Angel Martínez Villarreal significan. Y el poeta vendrá un día. Mantengamos nosotros mientras tanto la herencia del maestro, y asumamos la responsabilidad que ella pone sobre nosotros.

Inútilmente he tratado de decir quien fué, y que es, Angel Martínez. Conocemos su vida y su obra, pero su personalidad es más que eso. A los hombres así, sólo se les conoce en la medida en que se participa de su obra, y a los que pensamos como él nos falta mucho por hacer.

Los universitarios de Nuevo León tenemos una deuda para con él que pagaremos sólo cuando hagamos de la Universidad aquella casa que mantiene el espíritu del pueblo el deseo constante de realizar su destino. Tal es la tarea que nos dejó el maestro.

Hoy, en el segundo aniversario de su muerte, invoquémosle con las palabras de Jesús: hombre, hombre, hombre eso fué en el absoluto sentido de la palabra Angel Martínez Villarreal.

Gerardo Cuéllar / EDMUNDO DEBIERA ESTAR AQUI, RESPIRANDO...

AQUEL verano pensé que los melones eran más jugosos, más aromáticos y más sabrosos. Una chiquilla entró de prisa y pidió la mitad de un melón con nieve de vainilla. El hombre de la barra partió el melón y todos pudimos olerlo. Y cuando la muchachita salió, todos estábamos comiendo lo mismo. Así se puso de moda, creo, el melón con nieve de vainilla.

Es una cosa maravillosa estar en el mundo, sin pensar que algo, en alguna parte de nosotros, ha comenzado a pudrirse. Y aun pensándolo, es maravilloso estar aquí, respirando. No sabría decir si es más grato el sabor de un melón, que el recuerdo que me trae de épocas idas. Eran buenos aquellos tiempos, mas los actuales no lo son menos. No estamos ya todos y eso es triste; pero la tristeza y la alegría, la maldad y la bondad, la ingratitud y cien, mil, cien mil o un millón de cosas más, son las que hacen a este mundo maravilloso. Yo estoy muy contento porque todavía respiro en el mundo y porque puedo estar triste cuando recuerdo a los que dejaron de hacerlo.

Mi amigo Edmundo murió antes, años antes de su muerte definitiva. Yo creo que lo conocí ya muerto. Y creo que siguió naciendo y muriendo junto con nosotros, igual que nosotros, en cada sístole y en cada diástole, hasta que hubo un instante en que no pudo nacer ya más, fue hasta entonces que lo perdimos.

Recuerdo que caminábamos mucho. Una noche nos detuvimos en una esquina y él me dijo:

—Estas tres cuadras que siguen, son las más feas que tiene Monterrey. Si rodeamos por la otra calle, te digo el "Prometeo Sifilítico'.

Y lo dijo. Así conocí los primeros versos de Renato Leduc. También le escuché silbar una sinfonía y declamar el mejor de sus sonetos que cada vez era uno distinto. Los escribía en la mesa 19 del Café "La Superior", en servilletas que luego rompía en mil pedazos. Creo que todos sus sonetos se fueron con él. Tal vez los recuerden las calles que muchas veces los oyeron. Yo no los recuerdo.

En ese tiempo me hubiera hecho comunista, si a Samuelillo no le hubieran apestado los pies; si no hubiera visto a Rosita haciendo del excusado en aquella letrina y, sobre todo, si no hubiera conocido a Edmundo. Era una cosa desesperante. Era el tiempo en que la astilla comenzaba a entrar en la carne.

Sin embargo todo se fue haciendo más claro. Aquella noche Edmundo habló mucho y nosotros callamos. Yo le entendí todo, cuando él habló de todo y esa noche me convencí de que estaba muerto. Pero tuve miedo de decírselo a alguien. Desde entonces él fue el guía.

Es una cosa que sucede en menos tiempo del que se emplea para pensar que va a ocurrir. Todo pasa apenas un instante antes de la muerte definitiva. El hombre se va hasta el principio de la vida y comienza a ser su manifestación primaria, para terminar siendo el hombre. Es como una cascada que tiene fin y el fin es aquella muerte. Por eso tenía razón aquel hombre que dijo antes de morir: "ahora voy a saberlo todo". Porque lo supo todo, antes de convertirse en nada. El error de él fue pensar que lo sabría después de muerto.

Pero eso no tiene nada de notable, porque nos ocurrirá a todos. Sin embargo hay hombres a los que los asalta la muerte y ello puede ocurrir en cualquier pueblo. Hombres que en ese instante comienzan a ser células, son protozoarios luego, son batracios después y finalmente siguen siendo hombres. Vuelven a nacer en ese instante y luego siguen muriendo y naciendo, cuando ya lo han sido y lo han sabido todo. Esto debe haberle pasado a Edmundo, años antes de que yo lo conociera, en cualquier lugar.

Una vez llegó un hombre peludo de las cejas, de tez blanca, bigote menos peludo que las cejas, que caminaba con el estómago echado hacia adelante y los hombros hacia atrás.

Su ropa indicaba que venía de algún lugar donde hacía frío y Edmundo me dijo:

—Sabes quién es ese hombre?

—No sé -le dije.

—Es mi hermano José -me contestó-. El no es abogado, ni juez, ni maestro universitario, pero es mejor que yo. Un día me voy a ir a México como él.

—¿Pues qué quieres ser tú? -le pregunté.

—Un "fregononón", -me dijo.

Pasó el tiempo. Un día, un hombre llamó a una puerta y otro hombre salió. Este último era el hermano de Edmundo, que se vio frente a un fornido hombre de campo, blanco, rubio, quemado por el sol, vestido con ropa de trabajo, con las mangas de la camisa remangadas, que le habló de esta manera:

—Sé que el abogado está muy malo. Yo quiero darle toda la sangre que necesite y que a mí no me haga falta. No me pregunte por qué.

El que llamó a la puerta cerró los puños y mostró las venas de sus antebrazos al hombre que salió a recibirlo. Entonces éste rompió a llorar y no pudo pronunciar palabra. Su corazón, tan grande como su cerebro, lo ahogaba con sus latidos. Nada quedaba ya por hacer y el otro lo entendió. Sin decir una palabra, se alejó y dejó a aquel hombre llorando como eso: como un hombre.

Yo quisiera que Edmundo hubiera estado con nosotros aquel verano en que la niña aquella pidió en el Café "La Superior" un medio melón con nieve de vainilla. Yo quisiera que Edmundo viviera todavía. Es una cosa maravillosa estar en el mundo. Es maravilloso estar aquí, respirando.

ESTA EDICION CONSTA DE 300 EJEMPLARES Y SE TERMINO DE IMPRIMIR EN EL MES DE JULIO DE 1961, AL CUIDADO DE JUAN ANTONIO AYALA Y ALFONSO RANGEL GUERRA.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.